

COSAS DE ENRIQUE

Ha entrado en mi cuarto, pálido, con el ceño fruncido, rasgando maquinalmente un trozo de periódico. Conozco su carácter vehemente y he guardado silencio. Por fin, Enrique se ha arrojado sobre un sillón, ha lanzado lejos de sí el trozo de papel y ha dicho, como si formulara el resultado de un largo y laborioso proceso mental:

—¡Es vergonzoso! ¡No tiene nombre!

—¿Vergonzoso, qué?—he preguntado.

No sabía á qué vergüenza podía referirse. ¡Hemos sufrido tantas!

—Es posible que el hecho no te impresionase. Da lo mismo; aumentarás el número de los indiferentes. Pero escucha. ¡Me consta que en algunos pueblos de la provincia de Madrid, y durante la última recolección, han ido á segar los maestros de escuela!

La verdad es que no me ha producido risa la noticia. Al contrario, me he mordido los labios con despecho. Después, una

amarga tristeza se ha apoderado de mí. Y hemos quedado frente á frente, al lado del balcón, mirando reverberar á lo lejos los rayos últimos del sol amarillento en los cristales de Palacio, viendo avanzar las sombras sobre la inmensa cúpula festoneada de oro de San Francisco el Grande.

Cerraba los ojos y me representaba un anciano débil, llevando en su frente rugosa las huellas de la brutalidad del medio; blanqueado el cabello en la ingrata tarea de formar ciudadanos; dulce la mirada y el ademán blando, como los de quien ha pasado su vida contemplando cabecitas rubias. Creía mirar á aquel viejo, por cuyo espíritu había pasado con su soplo fecundo el aura de las ideas y de las cosas, que había departido con los héroes antiguos y comunicado con los severos clásicos, sin dejar de mirar á la ciencia presente. El había compartido la esclavitud con Epícteto y la moral con el sabio del Pórtico; había vivido la patria en Utica y la ciencia en Alejandría. El podía decir como Fausto:

«Derecho, Filosofía, Ciencia, Teología, todo lo he estudiado; y tras tantos esfuerzos, ¿de qué me sirve?»

Y veía á aquel viejo encorvado sobre la tostada mies, recibiendo en su espalda el fuego abrasador del sol de la canícula,

abrazado á los haces de trigo, cortando los tallos con mano temblorosa, escuchando las burlas de los gañanes, sintiendo resbalar en su frente el sudor y caer sobre los surcos de sus mejillas hundidas para disolverse en sus lágrimas.

—Es muy triste—he dicho en alta voz—pero has de saber que el pago á los maestros por el Estado será muy pronto un hecho. Tú no conoces al ministro de Instrucción pública. Es hombre de energía y está decidido á acabar con ese bochorno. Acaso es sólo cuestión de días.

—Lo será, no lo dudo—ha replicado Enrique.—El ministro merece aplauso; hará lo que nadie ha sido capaz de hacer. ¿Peor para él si no lo hiciera! ¿Peor aún para quien le suscite trabas! Pero eso no es bastante.

—¿No?

—No. Supongamos (y no es poco adelantado), que los maestros cobran con puntualidad. ¿Sabes cuáles son sus sueldos?

—Hay algunos con tres mil pesetas...

—Diez ó doce. En cambio, hay siete mil seiscientos que perciben al año menos de cien duros y tienen que ser secretarios ó sacristanes, ó campaneros y enterradores, para poder alimentarse de legumbres secas; en trueque, hay, según el último censo

cuatro mil que cobran menos de cincuenta, y tienen que ser barberos ó herradores, ó marchar al campo á labrar. Por último, y asómbrate: ¡hay mil doscientos setenta y tres que perciben anualmente menos de veinticinco duros, cuando los cobran, porque hay maestro al cual se adeudan ocho trimestres!

Esta vez he sido yo quien ha fruncido las cejas. Los reflejos de los cristales de Palacio eran cada vez más rojizos y débiles: la cúpula de San Francisco se recortaba sobre un cielo cada vez menos luminoso.

—¿Y qué remedio queda?—he dicho.—El ministro harlo hará con que cobren puntualmente esos infelices.

—¡Infelices ellos!—ha exclamado Enrique.—¡Ellos, que llevan gozosos su cruz y se dan por recompensados cuando han despertado un cerebro, hecho latir un corazón, asistido, como Platón en Teetetes, al alumbramiento de una idea! ¡Infelices vosotros, que no véis la nube que se acerca, que sembráis la barbarie y os extrañáis después de que no haya patria! ¡Infelices vosotros, que soñáis con soldados, y barcos y glorias, y conquistas, cuando van á segar los maestros, sin ver que lo que cortan no son espigas, sino esperanzas de regeneración.

—¿Y qué hacer?—he repetido.

—Entregar al Estado la función de enseñanza, formar un escalafón de maestros, un cuerpo bien retribuido.

—¿De modo, que lo poco que resta de autonomía municipal...?

¡Vaya una carcajada la de mi amigo! Me he puesto encarnado, como quien sabe que ha dicho una tontería!

—¡La autonomía! Si precisamente el error está en eso: en dar al Municipio atribuciones que no son suyas, para despojarle de lo que constituye su función. Ni conoces las corrientes modernas, ni has leído las Constituciones de pueblos como Alemania, donde se asigna al Estado el fin de cultura; ni has estudiado á los tratadistas modernos, ni te has penetrado de que los problemas de la cultura se hallan impregnados de la idea humana y social. Aquí, donde *nadie se entera*, el Municipio no cobra, no administra, no nombra siquiera un peón caminero, está sujeto al Gobierno en todo; pero, por burla y para desacreditar su gestión, se le entrega lo único que no puede hacer bien, porque no le compete: la función de enseñanza. Los pueblos conocen sus intereses materiales, y en eso se les pone trabas; pero desconocen el general de la cultura, y ese se les confía, para poder decir: «¿Ven ustedes cómo la autonomía es imposible? ¿Ven

cómo los pueblos, cuando son soberanos lo hacen muy mal?»

Parecía que una luz se encendía en mi frente. Enrique tenía razón. A los pueblos podrá interesar tener caminos, fuentes, mercados, riqueza, en fin. Al Estado interesa tener ciudadanos inteligentes y laboriosos.

—Mira, Enrique—he dicho á mi amigo.

—Está bien que el Estado haga todo eso; pero tú mismo confiesas que hay cerca de nueve mil maestros. Uno con otro, á dos mil pesetas, consumirían un presupuesto de dieciocho millones; eso pagándolos muy mal. Aumentando su número, que bien hace falta, serían precisos veinticinco millones. ¿De dónde se sacan?

—¿De dónde?—ha gritado indignado Enrique. —¿De dónde se han sacado mil para construir una escuadra que no parece? ¿De dónde han salido dos mil para sostener guerras á todas luces temerarias? La guerra...

—Lo primero es mantener nuestro prestigio—he interrumpido.

—¡Lo primero—ha balbuceado Enrique colérico—es ponerse en dos pies! No bastan veinticinco millones; hay que gastarse ciento en levantar escuelas y llevar á ellas hombres capaces. Hay que hacer que los Ayuntamientos empleen lo que dejan de

emplear en atenciones de enseñanza, en rebajar los cupos de consumos, para que las gentes puedan vivir, y así sea posible la instrucción obligatoria. Si no hay dinero, se pide prestado ó se le saca á quien lo tiene mal adquirido. Cien veces hemos suscrito empréstitos de guerra; suscribamos una vez siquiera el empréstito de la paz.

Hemos vuelto al silencio. Yo creía mirar una legión de maestros pidiendo limosna de puerta en puerta, en tanto que rugía desenfadada una turba de doce millones de analfabetos. Lo que Enrique pedía, tal vez era imposible; pero, sin ello, España debía proseguir su caída mortal.

Era casi de noche. La obscuridad se extendía cada vez más densa; parecía que aquel manto sombrío se dilataba por toda la tierra española como una impenetrable niebla que ya ninguna aurora podría romper.

El anciano maestro volvía á aparecer á mis ojos, hambriento, extenuado, mostrando en sus ojos las lágrimas y en su mano temblorosa la hoz.

Comenzó á oirse, como un eco lejano, el toque de retreta; los vidrios del Alcázar ya no despedían brillantes reflejos, y parecía como que se hundía entre sombras la inmensa y negra cúpula de San Francisco el Grande...

LA TORTA DE REYES

¿Es que los lazos de la familia son menos estrechos, ó es que la razón abomina de las cosas puramente simbólicas? Ello es que las fiestas de la familia van desapareciendo. Y la de Reyes más que otra alguna. Todavía, al salir recatadamente al balcón, cuando aún no asoma la luz del alba, á depositar nuestra ofrenda en el zapatito ó la cesta de mimbres de nuestros pequeñuelos, nos estremecemos al mirar el cielo estrellado. Nos parece que aquella nebulosa compuesta de miriadas de mundos que bastó á fecundar el pecho de una diosa madre, es el camino por donde han de llegar los Reyes prodigiosos, guiados por el astro lejano que reverbera en la noche como una luciérnaga. El soplo del viento nos parece impregnado de mirra, los ramajes movidos por ráfagas tenues nos fingen pasos acompasados de briosos corceles y camellos cargados de ofrendas. Después depositamos nuestra

oblación á la inocencia y nos retiramos dando un suspiro. Todo aquello pasó: ese cielo vacío de dioses, jamás se poblará para nosotros.

Sin embargo, los niños duermen; dejémosles las viejas leyendas, saludemos con regocijo sus palmoteos cuando al despertar vean alborozados los dones de los misteriosos monarcas. Toda superchería es hermosa cuando se tiene á la inocencia por cómplice y al cariño por encubridor.

Por la noche, cuando los leños arden y los vidrios se cubren de escarcha, y las ollas entonan su cántico de hervores y borboteos, ya no se espera á los Reyes. Entonces se hace más: se aspira á serlo. Cuando la torta, amasada por la campesina de brazos limpios y robustos como fustes de pórtico griego, ó traída en bandeja de plata por el servidor de librea; cuando ese manjar que nos ofrece la dominación sin orgullo, el centro sin envidia, la soberanía sin sobresalto, quede partida, ¿quién será el rey de una noche? ¿Quién el déspota cariñoso de unas horas? ¿Lo será el abuelo que nos refiere leyendas, sonriente bajo su corona de blancos cabellos, ó la rosada niña que le escucha con los ojos abiertos como dos azules espejos, en los cuales se muestra el interrogante de las almas ingenuas? El festín

se espera con ansia, y cuando el haba codiciada suena por fin en los menudos dientes de la hija núbil ó asoma en los labios del mozo decidor y vigoroso, estallan las aclamaciones y los aplausos. La copa se alza. *¡El rey bebe!* En el altar de la familia se está celebrando el sacrificio de la vida que se transmite y el amor que se perpetúa.

Pero, ¡ay, si alguien nos falta! La fiesta no se celebra aquel año, y si por amor á los niños se consiente en solemnizar aquel día, al partir el manjar codiciado parece que un espectro reclama su parte. Las risas cesan y el elegido Rey arroja con disgusto la legumbre ó el muñequillo. Parece que la corona pesa en sus sienes. Sólo un trono puede ser agradable: el que puede compartirse con todos, como el del Rey músico y profeta.

Una noche de Reyes fuí convidado á cenar por un matrimonio joven y amante de lo tradicional. Concurrí muy temprano, y pude disertar largamente con la niña; una rubia deliciosa de nueve abriles. ¿Que de qué hablamos? De todo. De la vida, de la felicidad, del cielo, de los Reyes que regalan juguetes y de las mamás que prodigan caricias. La niña me hacía mil preguntas, que me dejaban atónito. Hube de explicarla todo, incluso la composición de los mun-

dos, que estaban sostenidos por niños con alas y se movían á los acordes de arpegios y cadencias. Me escuchaba embobada y me sentía feliz. La verdad, ¿qué me importaba entonces? Lo principal era la dicha. La dicha, que encontraba tan pocas veces, y á la cual era preciso hacer los honores.

Cenamos y luego se dividió la famosa torta. Un ligero golpe en los dientes me anunció que era yo el elegido. Envidié á Cincinato. Con ser tan bello reinar en el corazón de aquella niña, me pareció mucho más hermoso labrar en su fantasía. *¡El rey bebe!*, gritó con júbilo, y hube de beber entre risas y palmoteos mirando á aquel matrimonio feliz dirigirse miradas de amor verdadero y á aquella hada minúscula que todo lo alegraba en derredor suyo.

Volví al año siguiente; pero no á cenar, sino á acompañar al matrimonio en su dolor irremediable. La niña había muerto en la primavera, cuando abren su cáliz las clemátidas y elevan las acacias al cielo sus perfumes. Fué un simulacro la cena. La madre no probó manjar alguno y el padre gustó apenas el pan, que debió, sin duda, saberle amargo. Mas de pronto, al traer los postres, una sensación terrible é inesperada, nos esperaba á todos. El mayordomo, creyendo acertar á rendir un tributo

á la pequeña que faltaba, colocó en la mesa la torta de Reyes.

Un profundo silencio se hizo entonces. La madre se retiró angustiada y mi amigo y yo pasamos á su despacho.

La torta de reyes quedaba allí intacta, cubierta de su finísima capa de azúcar, alumbrada por la luz de los dorados candelabros, rodeada de porcelanas y cristales henchidos de reflejos.

Allí quedaba como un enigma. ¡Abrirla! ¿Para qué? la verdadera reina no estaba allí. Sobre la nebulosa formada por la fecundidad de la Diosa Madre, sobre el astro reverberante como pálida y movable luciérnaga, encima del manto azul, sembrado de piedras por los Reyes Magos, se reclinaba tal vez en su trono.

TARJETAS

Es siempre una impresión agradable, una sensación indefinible de bienestar, la que experimentamos en estos primeros días del año, tan pródigos en esperanzas y proyectos, al recibir las tarjetas de nuestros amigos. Aquellas cartulinas, satinadas ó toscas, suaves al tacto, con la flexibilidad del Bristol, ó resistentes como si recordaran la firmeza de una amistad sincera, nos dicen que no estamos solos, que aún podremos luchar y vencer, puesto que hay quien sabrá prestarnos apoyo en la contienda ó consuelo en el vencimiento.

Todos recordamos con gusto aquellos días de nuestra infancia en que esperábamos al cartero y sentíamos, al contemplar los sobres cerrados, una punzante y agradable curiosidad. Abríamos las enigmáticas envolturas sin dar tiempo á nuestros padres á percatarse de semejante atrevimiento. Aquella tarjeta grande y flexible sería indudablemente del señor marqués. Pues no,

que era de D. Pascual, aquel cesante perdurable que tantas veces se convidaba él mismo á comer en casa. Aquella otra pequeña, en cuyo sobre aparecían garrapatos minúsculos, debía de ser de alguna de nuestras amiguitas. Y á lo mejor era de un brigadier con mando en plaza ó de un oficial que hacía gala de atronadora voz cuando en la parada, volviéndose hacia los carros de municiones y los dos cañoncitos de juguete, gritaba poniéndose en pie sobre los estribos: «¡Baterta! ¡Marr... chen!»

Eran los días de sol, las bellas auroras en que todo parecía prodigarnos sonrisas. Todos aquellos nombres estampados sobre las tarjetas nos parecían respetables y dignos. Todos eran los de nuestros amigos y protectores. Y, por último, aquel centenar de nombres y títulos se convertía en una porción de objetos fantásticos, recortados y engomados cuidadosamente por nosotros. Los buenos y los malos amigos, los nobles y los plebeyos, los ancianos y los adolescentes se encontraban á lo mejor confundidos en un hermoso hotel de cartulina con tejado encarnado rabioso y ventanas verdes, tras de las cuales se veía á lo mejor un escudo de armas para recordar la inestabilidad de las cosas humanas y los campos de gules *ubi Troja fuit*.

Después vinieron los tiempos calamitosos en que esperábamos al cartero para saber qué amigos nos quedaban, y en que pasaba sin tocar siquiera á nuestra puerta. ¿Quién no recuerda alguna breve temporada en que cielos y tierra parecen olvidarnos de un modo irremisible? En esas largas y penosas etapas, los primeros días del año son un semillero de decepciones.—No, decimos, Carlos no me olvidará.—Mas la tarjeta de Carlos no viene. Todavía esperamos la de Luis ó Roberto. Pero todo el mundo nos abandona. Contamos las tarjetas echadas por nosotros al correo. Fueron más de doscientas. Y entonces es cuando comprendemos cuán bajo hemos caído, así como el silencio de los campos explica al viajero perdido cuánta es su soledad.

Alguna vez, cuando nos consideramos abandonados, el cartero llama y sentimos una sacudida como Radamés al oír pasos en su cripta. Tomamos el sobre y le damos vueltas sin atrevernos á romperle. ¿Quién nos recuerda de nuestros amigos? ¡Quisiéramos que fueran todos! Y no puede ser sino uno. Temblamos y soñamos con que ese *uno* puede ser aun la mujer amada, el protegido ingrato, el amigo por quien vertimos nuestra sangre, la mujer por la cual arriesgamos nuestro honor. Por fin, nos decidi-

mos y vemos un nombre modesto, tal vez el de una persona con quien nunca tuvimos comercio íntimo, pero cuya figura adquiere entonces en nosotros el relieve de los exergos cartagineses. Quisiéramos abrazar á aquel buen amigo, contarle nuestras cuitas, llorar con él. Pero está lejos, y nos contentamos con guardar su nombre en el fondo de nuestra cartera y colocarlo sobre nuestro corazón.

¡Y todavía son esos los tiempos dichosos! Después, cuando nuestro cabello comienza á encanecer y nuestra memoria á recordar la oda á Póstumo, hemos recobrado quizá nuestra fortuna, adquirido un nombre, roto con el mango de nuestra espada ó de nuestra pluma las doradas puertas de la moderna Babilonia. Y las tarjetas se multiplican en nuestro escritorio, y el timbre suena á cada momento para avisarnos que aún no ha terminado el desfile de nombres y felicitaciones. Pero entonces es tarde, el timbre no puede estremecernos; aquellas cartulinas nada dicen á nuestro corazón. La juventud ha huído, el desengaño nos ha impreso su rictus irónico, y arrojamos, sin abrirlas acaso, aquellas muestras de adulación sobre el pupitre, para que otro conteste por nosotros é inscriba aquellos nombres en nuestra guía.

Y esa guía también va cambiando y sufriendo mutilaciones, envejeciendo con nosotros y transformándose según va acercándose el crepúsculo de la vida, como la mágica Galatea. Una línea severa y respetuosa va cubriendo los nombres de aquellos que cumplieron su misión en la tierra y ya nunca volveremos á ver. Un trazo nervioso señala á los proscriptos de nuestro afecto y nos recuerda lágrimas ó iracundias. Y en medio de la lista de amigos que se renuevan, como el mar renueva con uniforme variedad sus olas, encontramos nombres que nada nos dicen, cuya representación hemos olvidado, que no sabemos de quiénes son y que nos llenan de perplegidad como al protagonista de *Dichas sin nombre*.

Y, ¿quién sabe?, acaso volverá á despoblarse esa lista. Tal vez tornaremos al abandono amargo y podremos decir con acento de melancolía, llevándonos la mano á ese corazón tan dolorido:—La amistad existe, es algo grande, aquí la siento. Pero *el amigo*, ¿en dónde le podré encontrar.

PROLETARIADO INTELECTUAL

Impugnando opiniones del notable propagandista Sr. Morato, un escritor muy profundo y estudioso, el Sr. D. Ramiro de Maeztu, ha expuesto recientemente en un bien escrito artículo sus opiniones acerca del obrero intelectual.

Las afirmaciones del articulista no pueden ser más desconsoladoras. Todas las revoluciones políticas han sido realizadas por obreros intelectuales, sin otro objeto que el de aumentar el número de empleos públicos. La posibilidad de estas revoluciones se agota, empero, y la evolución económica se realiza *à despecho* de este proletariado. El trabajo del obrero intelectual casi nunca es útil: no hace sino *hurtar el cuerpo al verdadero trabajo*. En resumen: el *intelectualismo* profesional desaparecerá á medida que sea cada vez mayor la cultura de los obreros manuales.

Hay mucho sugestivo y digno de estudio

en el trabajo del Sr. Maeztu. Hubiera yo querido, no obstante, ver establecida más claramente la distinción entre el verdadero obrero intelectual y el escritor ó artista que pone al servicio de la burguesía sus obras de mera propaganda ó deleite. Cuanto dice el articulista es aplicable al segundo; pero ¿lo es igualmente al primero? Ciertamente que lleva trazas de cerrarse el ciclo de las revoluciones políticas hechas por y para la burguesía. Mas la evolución económica, ¿puede discernir en el fondo el triunfo definitivo al trabajo manual? No sé si en esto acierta el perspicaz cronista.

En todos los órdenes humanos, incluso el meramente fisiológico, la evolución se realiza sustituyendo la energía nerviosa á la muscular. Suponer una futura evolución en que el triunfo pueda ser de la actividad física y aun ininteligente, es afirmar una regresión imposible. Todas las revoluciones han sido provocadas por los obreros intelectuales, pero no para buscar empleos y medros particularísimos (este puede bien haber sido un resultado contingente), sino para imponer á las sociedades un nuevo estado de ideación de conciencia y vida, una concepción superior del Derecho y moralidad, una nueva fase de evolución. Y no sólo han sido los *intelectuales*, que ahora se

dice, agentes primeros en estos cambios, sino que forzosamente han de serlo en toda evolución futura. Porque la evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, *alma mater* de las sociedades primitivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto. Así, los *chiftados*, de que habla Guyau al pintar la fortaleza social, nunca dejarán de ser frente á ella los más temibles y valerosos sitiadores.

En el desenvolvimiento de la ley del Progreso, jamás la Historia ha discernido el triunfo á las máquinas, sino á los hombres.

Para emanciparse las aristocracias necesitaron primeramente esculpir en blasones sus preeminencias, como para formular las clases medias los derechos del hombre, fué preciso que, excediendo en saber á la nobleza, apagasen las agudezas de Versalles con la elocuencia del Juego de pelota.

Para que el proletariado triunfe, necesita *intelectualizarse*. La victoria es de los más adaptados, y el medio lleva impreso de cada vez más el sello de la inteligencia del hombre. En el moderno paraíso todos los seres hablan como la serpiente y todas las plantas son del bien y del mal; porque en todas ha descifrado el hombre el lenguaje subli-

me de la Naturaleza. La causa del obrero es hoy la del intelectual. Si lo olvida, será siempre como la herramienta: una prolongación del brazo que obedece; jamás una difusión del cerebro que manda.

El intelectualismo profesional no puede sin injusticia ser confundido con la estéril ocupación de quien esquivaba por incuria el penoso esfuerzo del músculo. Los intelectuales no sólo son los aduladores de la fantasía y los propagandistas del error: son los sabios, los inventores que redimen al sudra moderno de la labor embrutecedora é inconsciente; son los ingenieros que utilizan, aplican y aun multiplican las fuerzas; son los sociólogos que investigan las causas del dolor que agita las entrañas de los pueblos, como los patólogos luchan contra el que sacude las fibras heridas del organismo; son los psicólogos, que sustituyen al dogma la investigación personal; los filósofos, que van quebrantando prejuicios y con ellos las más hondas raíces de la iniquidad; los físicos, los naturalistas, los matemáticos, que nos emanciparán del esfuerzo físico por el conocimiento de las leyes del mundo y, merced á los cuales, el siervo, que supo enderezar su quebrantado cuerpo para decir ¡*Soy hombre!*!, sabrá un día elevar su cabeza al espacio infinito, para exclamar:

¡Soy fuerza, soy entendimiento, soy Dios!

Y entonces, cuando los pensadores hayan disipado las nieblas en que se han envuelto todas las tiranías, y los sociólogos hayan resuelto el problema de la distribución de la riqueza, sin el cual el de su producción, como ha hecho observar Henri George, no hace sino desposar con la miseria el progreso, y los inventores hayan convertido al obrero de máquina en ser pensante, y el arte embellezca la vida sublimando los más puros afectos, ¿cree el articulista que no habrá obreros intelectuales? No; entonces todo será *intelectualismo* profesional, porque todo trabajo será obra del cerebro y el ocio aristotélico será patrimonio de todos y no habrá verdaderamente obreros manuales, sino inteligencias puestas al servicio de la felicidad y de la virtud.

Y no habrá, no, entonces pagado la sociedad con exceso, reverenciando su memoria, á los obreros intelectuales como el señor Maetz, que hoy ponen su talento al servicio de las causas justas, ni á quienes realizaron las revoluciones políticas, preparando ulteriores transformaciones sociales, ni á quienes fecundaron la ciencia con dolor de su espíritu y su carne, para fundir las cadenas de Prometeo y forjar con ellas las diademas de los pueblos libres.

Lo que pasa no es el trabajador intelectual, sino el esclavo miserable que realiza su trabajo inconsciente, con regularidad de alienado; lo que triunfa no es el vigor del músculo, sino la vibración de la célula en el sensorium cerebral; lo que se impone no es la ignorancia, sino la ciencia, democratizada primero con la imprenta, socializada luego con la cultura y el descanso, universalizada, por fin, cuando sea un hecho lo que antes parecía una aspiración imposible y hoy es un ideal glorioso que se acerca: ¡Todo es de todos; todo es para todos!